



UN AÑO EN
LA VIDA DE LA
ANTIGUA
GRECIA

La vida cotidiana
y la preparación de los
Juegos Olímpicos



CRÍTICA

PHILIP MATYSZAK

Philip Matyszak

Un año en la vida de la antigua Grecia

La vida cotidiana y la preparación
de los Juegos Olímpicos



Traducción castellana de
Ana Belén Barrio

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: junio de 2024

Un año en la vida de la antigua Grecia
La vida cotidiana y la preparación de los Juegos Olímpicos
Philip Matyszak

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *A Year in The Life of Ancient Greece. The Real Lives of The People Who Lived There*

© Philip Matyszak, 2021

© de la traducción, Ana Belén Barrio, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-659-0
Depósito legal: B. 5.085-2024
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España



ΦΟΙΝΙΚΑΪΟΣ - ΑΙ ΑΡΧΑΪ
(octubre – los comienzos)

LA LATIFUNDISTA

En esta despejada mañana de otoño Ífita se levanta, como de costumbre, al despuntar el alba. Los campesinos del pequeño estado peloponesio de la Élide, al sur de Grecia, no prestan demasiada atención a la designación oficial de los meses y años que establecen los magistrados locales; a fin de cuentas, si el consejo de la ciudad puede ampliar los meses a su antojo y si ni tan siquiera los habitantes de la vecina Arcadia son capaces de comprender las fechas de la Élide, no merece mucho la pena molestar. Para Ífita, el único calendario que importa es el que marca el eterno devenir de las estaciones y el desplazamiento hacia el oeste de la luna, que recorre el cielo en sus distintas fases.

Ahora mismo, la luz es cada vez más intensa y la constelación de las Pléyades se está desvaneciendo poco a poco en el cielo del amanecer, puesto que este pequeño cúmulo de estrellas se encuentra cercano al horizonte. El ocaso matinal de las Pléyades marca el inicio del año agrícola, e Ífita, que estudia sus rollos de papiro a la luz de un candil, debe tomar decisiones sobre lo que va a sembrar durante el invierno. No hay gran cosa que pueda cultivarse durante el verano griego, seco y caluroso, por lo que el comienzo del otoño es el momento en que los agricultores revisan sus semillas y se aventuran a pronosticar lo que les deparará el invierno: si el gran Zeus y Deméter fueran generosos, y las

lluvias del otoño abundantes, quizá se arriesgarían a sembrar espelta o mijo; aunque, si luego siguiera un invierno seco, los que se hubieran decantado por cultivos que necesitaran menos agua, como la cebada, se alegrarían de su prudencia.

Ífita, cuyas tierras se extienden en parte por las riberas del río Alfeo, siempre puede compensar la escasez de lluvia con un riego adecuado, por lo que su principal preocupación en este momento no es la cantidad de precipitaciones que vaya a haber el próximo invierno, sino la situación dentro de doce meses, cuando espera que los campos que contempla alberguen una cosecha fugaz pero extremadamente rentable: una enorme multitud de forasteros.

Sea cual sea el esotérico nombre que el consejo de la ciudad le haya asignado al año, Ífita es consciente de que lo que realmente importa es que se trata del último año de la 132.^a Olimpiada. Dentro de doce meses, se iniciará la celebración de los 133.^{os} Juegos Olímpicos en el recinto que colinda con la hacienda de Ífita, y su familia lleva generaciones enriqueciéndose a costa de atender las necesidades de las hordas de turistas que asisten al acontecimiento. Sin ir más lejos, ahí está el campo que se extiende paralelo a la parte meridional del recinto sagrado del Altis, al norte del cual se alza el monte Cronios. Este terreno ha producido una abundante cosecha de trigo los dos últimos años, pero Ífita sabe que el trigo absorbe de la tierra la divina esencia de Deméter, la diosa de los cereales, y que si se siembra muchas veces seguidas habrá una mala cosecha. En condiciones normales, la experta granjera dejaría reposar el terreno durante todo un año con el fin de que pudiera recuperar su energía, pero el verano que viene —antes de la próxima siembra otoñal— este campo albergará unas trescientas tiendas de campaña y, lo que es más importante, un centenar de letrinas. Ífita se alegra en silencio cuando piensa que la turba que se va a establecer aquí no solo abonará la tierra a fondo durante su estancia, sino que encima le pagará por ello.

EL TIEMPO DE LA SIEMBRA EN GRECIA

El ciclo agrícola anual estaba determinado por el cultivo elegido y por el terreno en el que se sembraba. En la Grecia antigua no había muchos campos que fueran lo bastante fértiles para soportar dos cosechas al año, y si se quería sembrar plantas bianuales era necesario disponer de una buena fuente de agua para regar la tierra durante la larga sequía estival. Esto hacía que la mayor parte de los campesinos comenzaran el año con la llegada de las lluvias otoñales, puesto que era mejor esperar a que lloviera antes de iniciar la siembra que tener que abrir el suelo endurecido por el sol del verano, una labor tremendamente dura para unas gentes que, por lo general, solo disponían de los aperos más básicos —hasta los tiempos medievales, cuando comenzó la labranza profunda, la tierra solía abrirse en lugar de removerse—. Por lo general, los cereales se cosechaban y se procesaban durante los meses de junio y julio, mientras que otros frutos como las aceitunas o los higos se recogían a principios del otoño. Las uvas también se vendimiaban en otoño, por lo que los campesinos podían contar, al menos, con un trago de vino del año después de una dura jornada de trabajo preparando los campos.

A pesar de este abono adicional, el terreno no podría soportar que se cultivara trigo otra vez al llegar el invierno y, por suerte, no será necesario hacerlo. Ífita comienza a dividir el campo en su cabeza, pensando qué sección le asignará a cada bracero y cuándo podrán arar la tierra sus preciados bueyes. Legumbres, eso es. Sembrará lentejas, garbanzos y habas, en bancales distintos que se regarán con el agua del río Alfeo si la lluvia no fuera suficiente. Hace mucho tiempo que los agricultores saben que la esencia de Deméter solo se la llevan los cereales, y que las legumbres no agotan la vitalidad de la tierra como el trigo o la cebada.

Si el sacerdote local le indica que los augurios de sus sacrificios otoñales han sido favorables, Ífita les dirá a los braceros que comiencen a arar pasada la próxima luna llena y que siembren inmediatamente después de la siguiente lluvia abundante. Tres ciclos lunares bastarán para que maduren los garbanzos y las habas y, si la estación viene fría, las lentejas podrán recogerse unos diez días después. Entonces, mientras la cosecha se seca en cestos en el granero, sembrará pepinos, cebollas y ajos en la tierra renovada por las legumbres.

Por norma general, Ífita solo cultiva hortalizas para cubrir sus propias necesidades y las de sus braceros, ya que las intrincadas vías de la Élide harían muy difícil que unos frutos tan perecederos llegaran al mercado sin pudrirse; durante los años olímpicos, no obstante, el mercado viene hasta Ífita, y los puestos donde vende su cosecha son asediados por los hambrientos asistentes a los juegos.

Cierto es que se verá obligada, por seguridad, a trasladar el ganado a las explotaciones colindantes, y que sus braceros tendrán que hacer rondas de vigilancia por los campos —de frutales para mantener alejados a los posibles saqueadores— o a las parejas apasionadas—, y que el bullicio y el caos serán constantes durante una quincena... Pero cuando la muchedumbre empiece a dispersarse y la cerámica rota y el resto de los residuos se hayan recogido de los campos, el único sonido que se oirá a la sombra del monte Cronio será el tintineo de los estáteros de plata que irán llenando las bolsas de Ífita, mientras ella se pregunta qué parte de sus ganancias podrá ocultarles a los recaudadores de impuestos.

Fuera, en el patio, los ladridos de los perros se entremezclan con el parloteo de los braceros, que se van congregando para recibir las instrucciones matutinas del capataz. Tras la muerte de su esposo, hace ya casi una década, casi todos pensaron que la explotación familiar tenía los días contados. Ífita solo le había dado un hijo que era un vago redomado, así que nadie esperaba que el muchacho pudiera sacar adelante el durísimo trabajo del campo.

El hijo se ha ido a vivir a la ciudad, a Elis, y dedica su tiempo a la lira y al estudio de la filosofía epicúrea. En teoría, es el propietario de la explotación, aunque lo cierto es que nunca se le ocurriría oponerse a las órdenes de su imponente madre: es Ífita quien lleva las riendas, eso está claro para todos. Y siempre las ha llevado, desde el principio, cuando se reveló como una magnífica e inesperada aprendiz de las técnicas de su marido.

Hoy, con la ayuda de su experto capataz, dirige la explotación con mano férrea, así que lo único que debe hacer su hijo es casarse y producir vástagos legítimos que continúen el nombre de la familia, una tarea en la que hasta ahora ha fracasado de forma estrepitosa. Mientras se levanta haciendo a un lado los rollos de papiro, Ífita piensa que la próxima vez que lo vea tendrá que hablar con él muy seriamente del tema.

EL DIPLOMÁTICO

Si son lo bastante poderosos, o lo bastante influyentes, quienes visiten la corte del rey de Macedonia no tendrán más remedio que sentarse en un diván a disfrutar de un excelente vino de la región, procedente del valle del río Axios, mientras Perseo de Citio, el consejero de confianza del monarca, valora cortés pero meticulosamente hasta qué punto podrían ser útiles los recién llegados. Perseo es un filósofo estoico, un hábil cortesano y un elocuente defensor de su tierra adoptiva, Macedonia.

En opinión de Perseo, pocos pueblos han sido tan incomprendidos y tan injustamente tratados como el macedonio. Sin ir más lejos, solo hay que pensar en los griegos del sur (para Perseo, los macedonios son los «griegos del norte» y, como casi todos ellos, se altera si alguien sugiere que son menos griegos que, pongamos por caso, los atenienses). Los griegos del sur siempre han gozado de protección a costa de la sangre y el sudor de los macedonios, cuya nación hace de escudo entre los consentidos habitantes del sur de Grecia y las hordas salvajes de las tierras del norte.

PTOLOMEO II (284-246 A. C.)

Tras la muerte de Alejandro Magno, uno de sus generales, un hombre llamado Ptolomeo, se dirigió a Egipto lo más rápido que pudo. Ptolomeo sabía que los demás generales iban a desgarrar su Imperio tratando de hacerse con el poder, y él quería gobernar en Egipto, que había sido sometido por Alejandro en el año 332 a. C. Ptolomeo, sin embargo, no intentó convertir Egipto en un estado macedonio, sino que simplemente se situó a la cabeza de la jerarquía política y religiosa proclamándose faraón. A partir de ese momento, Egipto pasó a estar formado esencialmente por la muy griega ciudad de Alejandría en el delta del Nilo, por algún que otro asentamiento heleno adicional desperdigado por el territorio egipcio, y por el resto del país, donde la vida continuó siendo tal como había sido durante milenios.

Ptolomeo tuvo varios enfrentamientos bélicos con los reyes seléucidas, que dominaban la retaguardia del Imperio de Alejandro, y se empeñó en arrebatarle el control de Grecia a los macedonios. Su muerte en el 246 a. C. produjo un alivio generalizado en el mundo helenístico. El nuevo faraón, hijo del monarca, se llamó Ptolomeo en honor de su padre, y «Fíladelfo» (amante hermano) en honor de su hermana, con la que se casó. Ptolomeo II convirtió Alejandría en un célebre centro de la cultura griega, al mismo tiempo que imitaba a su padre en su infatigable intento de derrocar al resto de los soberanos helenísticos.

Al menos una vez cada generación, los macedonios son llamados a las armas para defender su montañoso reino de los invasores procedentes de los territorios situados más allá del Danubio, a menudo al mismo tiempo que son atacados simultáneamente por el este y el oeste. Y mientras ellos se sacrifican encargándo-

se de mantener a raya a las hordas bárbaras, ¿cómo se lo agradecen los griegos del sur? Con desprecio y altanería, llamándolos mestizos y medio bárbaros. Un orador ateniense incluso se atrevió a afirmar que no valían ni siquiera para ser esclavos (eso fue poco antes de que los macedonios, supuestamente tan serviles, sometieran a Atenas al yugo que soporta resentida desde entonces).

Basta pensar en el mejor de los griegos, el gran conquistador Alejandro, el hombre que acabó de una vez por todas con la amenaza persa que llevaba generaciones poniendo en peligro la independencia helena. No fue sino Alejandro de Macedonia quien le entregó a Grecia el Imperio persa, que se extendía desde las costas del Mediterráneo hasta los páramos del desierto de Gobi.

El caso es que parecía que el sometimiento definitivo de Persia traería seguridad a Macedonia y al sur de Grecia, pero resultó no ser así. Tras la repentina muerte de Alejandro, sus generales heredaron los territorios conquistados, y ahora Macedonia se enfrenta a otro peligro, esta vez procedente de los compatriotas griegos que gobiernan el antiguo Imperio alejandrino. Por suerte, el grueso de las conquistas de Alejandro se encuentra en manos de un afable monarca llamado Antíoco II de Seleucia, y Perseo es uno de los diplomáticos encargados de garantizar que las relaciones entre el rey seléucida y Macedonia sigan siendo cordiales.

Pues bien, esa cordialidad no se hace extensiva a Ptolomeo II, el gobernante de Egipto, otro de los reinos que conquistó Alejandro. Perseo es un diplomático de la cabeza a los pies y, fiel a su formación estoica, se esfuerza en mantener un tono sosegado cada vez que sale a relucir el tema del molesto Ptolomeo; aun así, cuando esto sucede incluso un ojo inexperto podría percatarse del ligero rubor que aflora en sus mejillas y de la evidente tensión con que sujeta su copa de vino.

A decir verdad, Ptolomeo es un auténtico fastidio —por decirlo de un modo fino, aunque en privado Perseo tienda a calificarlo de una forma mucho menos cortés—. En los últimos años, Macedonia y Egipto se han enfrentado varias veces. Han sido



Ptolomeo II, representado aquí como gobernante egipcio.

enfrentamientos breves pero encarnizados, y da la impresión de que podrían repetirse en un futuro próximo. El problema es Grecia, que ha estado sometida a la hegemonía macedonia desde que Alejandro Magno asumiera el mando de los asuntos griegos hace ya más de un siglo (Perseo no es el único cortesano macedonio que se estremece educadamente cada vez que alguien es tan grosero como para emplear la palabra «conquista» en referencia a la intervención de Alejandro, puesto que a los compatriotas griegos no se les conquista).

Si algo bueno tiene el hecho de que Macedonia esté al mando de Grecia es que las ciudades griegas ya no se dedican a organizar aquellas pesadas y continuas batallitas entre sí, tan propias de otros tiempos. Aunque lo malo es que ahora se dedican a organizar pequeñas y constantes rebeliones contra Macedonia. En cuanto los atenienses han recibido su merecido por ser demasiado arrogantes, se levantan los espartanos, y luego saltan los arca-

dios... y así siguen asomando uno tras otro, como si fuera una partida interminable cuyo único fin es vapulear al hoplita.

Y no hay más que hurgar un poco en esas pequeñas rebeliones para saber que la causa no es otra que los agentes de Ptolomeo, que están por toda Grecia instigando el descontento y prometiendo ayuda diplomática, oro, armas y dinero del tesoro sin fondo de Egipto. Para la gente del sur de Grecia, los años anteriores al sometimiento macedonio siguen siendo una especie de edad dorada —algo en gran parte ilusorio—, y parecen estar convencidos de que, si los macedonios dejaran de gobernarlos, volvería como por arte de magia la época de Pericles, Sócrates y Eurípides.

No hace mucho, Ptolomeo sedujo a los atenienses con promesas de «libertad» y los incitó a sublevarse; pues bien, cuando los indignados macedonios marcharon al sur para encargarse de la rebelión, Ptolomeo no dudó en abandonar a los atenienses a los que había encandilado, dejando la ciudad enteramente a su suerte. Ahora que se acercan los Juegos Olímpicos, Perseo está convencido de que los agentes de Ptolomeo se pondrán de nuevo manos a la obra y se infiltrarán entre el gentío tratando de generar descontento y de provocar división y discordia, con el fin de que Grecia se convierta en un caldo de cultivo para la insurrección.

Lo único bueno que Perseo aprecia en todo esto es que no sería raro que tuviera que acudir a los Juegos Olímpicos en persona. Así, con la ayuda de algún que otro soborno y de alguna que otra amenaza, podrá guiar a los posibles rebeldes descarriados de vuelta al redil macedonio, y en el peor de los casos tal vez deberá recurrir a un prudente asesinato que hará pasar por un extraño accidente de jabalina.

En general, un viaje a los Juegos Olímpicos para atajar de raíz cualquier problema que pudiera surgir podría terminar siendo una excursión muy provechosa, y además el diplomático cuenta con la ventaja añadida de que tendría una estupenda excusa para disfrutar de todo el esplendor y el espectáculo de los juegos.

Tracia aún no ha salido de casa y ya sabe que, a la vuelta, le espera una paliza. Su ama le ha dado muy poco dinero, como siempre, y la joven esclava, malhumorada, se pasa la lengua por el hueco carnoso entre la encía y el labio inferior, donde los atenienses suelen guardar la calderilla. En Atenas, la calderilla tiene un tamaño tan diminuto como su valor, y los dos óbolos que anidan al lado de sus dientes no superan el volumen de un grano de trigo, así que, como es muy fácil extraviar unas monedas tan pequeñas, Tracia prefiere llevarlas bien seguras en la boca hasta que tenga que escupirlas con cuidado en el plato de algún comerciante. Lo ha hecho muchas veces, pero les reza a unos dioses a los que apenas recuerda para que hoy sea la última vez que se vea obligada a hacer una de estas extenuantes salidas para ir a comprar.

La joven esclava es consciente de que ni siquiera yendo a uno de los mercados más siniestros de la zona del Cerámico —o regateando desesperadamente por unas verduras mustias de hace una semana— conseguirá regresar con alimentos suficientes para cocinar ese día. Y su ama la castigará porque la comida es escasa. Y luego volverá a castigarla porque es de mala calidad...

No es que su ama reciba poco dinero de su esposo para el mantenimiento de la casa. Tracia sabe muy bien que el amo calcula medio dracma diario para la comida y que le entrega el dinero a su esposa cada diez días, pero en los aposentos femeninos, donde el amo rara vez entra, hay una pequeña vasija que contiene las monedas que el ama de Tracia ha ido ahorrando a fuerza de escatimar en los gastos domésticos. Ahora bien, si el marido llegara a decir algo sobre lo mala que es la comida, la que terminaría pagando por la tacañería de la esposa sería Tracia, y por eso esta vez ha jurado que, si los dioses lo permiten, la de hoy será su última paliza.

A menos, por supuesto, que por la noche le propinen otra por la mala calidad de sus labores. Como todas las esclavas domésticas,

Tracia pasa mucho tiempo en el telar y se espera de ella que produzca como sea unas prendas de excelente calidad, aunque con lo que le dan solo puede comprar el vellón más barato, un género fino y lleno de pinchos, apelmazado por los excrementos y el orín de oveja. Se suponía que, esta mañana, Tracia tenía que haber convertido esos estropajos en madejas de lana, pero a su ama se le ha ocurrido enviarla a la compra, así que ahí está, en la calle otra vez. Y no es que esto la vaya a librar de sus labores. No, por supuesto que no: Tracia tendrá que quedarse trabajando hasta bien entrada la noche para compensar su retraso con la lana, y seguro que por la mañana la castigarán por despilfarrar el aceite del candil. Algunas veces piensa que su ama es capaz de buscar cualquier excusa con tal de azotarla, solo porque esa vieja *κασσωρίς* disfruta haciéndolo.

Tracia encoge un poco los hombros y siente cómo se le estira la piel alrededor de las heridas apenas cicatrizadas que tiene en la espalda. En una ocasión, volvía a casa con agua de la fuente y se le abrió una de las heridas, de modo que la túnica acabó manchada de sangre. Pues bien, un vecino se interesó lo bastante para informarse acerca de su ama, y esto causó cierta inquietud en la casa, porque cualquier ateniense podía iniciar un proceso contra alguien que maltratara a sus esclavos. Aquella noche, a Tracia la azotaron detrás de los muslos para que las heridas de la espalda no volvieran a llamar la atención.

Las leyes atenienses que protegen a los esclavos no derivan de un interés por su bienestar. No, claro que no. Pero si hubiera muchos esclavos maltratados podrían rebelarse todos a la vez, y en Atenas el número de esclavos supera por mucho al de los ciudadanos libres. Técnicamente, Tracia figura entre las pertenencias de su amo como un *anthropodo* —es decir, una bestia que tiene piernas de humano en lugar de cuatro patas— y su valor es de unos cuatrocientos cincuenta dracmas, una cantidad ligeramente inferior al salario de ocho meses que su amo recibe como capataz de una cuadrilla de esclavos empleados como obreros de la construcción. La mayoría de los esclavos domésticos se consi-

deran valiosas herramientas para la casa y son tratados en consecuencia, pero no siempre es así.

Mientras trata de abrirse camino entre la muchedumbre que abarrotaba la estrecha callejuela, la escuálida Tracia se pregunta cuántos habrá en esa multitud que sean esclavos como ella y lleven moratones como los suyos. En Atenas, los esclavos no llevan marcas ni indumentaria distintiva, por lo que a menudo resulta complicado reconocerlos. Aunque a ella se la distingue fácilmente por el tatuaje de un caballo que le sube por un lado del cuello desde la clavícula y que se encuentra a la vista de cualquiera que se moleste en mirar, porque, como todas las mujeres en Atenas, Tracia se peina con un simple moño en la parte alta de la cabeza.

No cabe duda de que ese tatuaje fue motivo de orgullo para el artista tracio que adornó con él a la hija del jefe. Hasta los doce años, Tracia había sido una princesita en su aldea a orillas del río Estrimón, en lo más profundo del agreste territorio tracio, al este de Macedonia. Ni siquiera había oído hablar de los griegos hasta el día en que el poblado se llenó de extraños hombres con arma-



Tatuajes en los brazos de una mujer tracia (*izquierda*).

duras de compacto lino blanco, que portaban espadas y palos y los manejaban con enorme destreza y escasa compasión. Por supuesto, la primera víctima de los asaltantes había sido el jefe del clan, y lo último que Tracia vio de su padre fue su cuerpo destrozado, que yacía tirado en el polvo con los perros hambrientos de la aldea rondando a su alrededor.

En la isla de Tasos, Tracia fue separada de su madre y enviada en un barco a Delos, donde un mayorista la compró como parte de un lote de esclavos para su posterior reventa en Atenas. Allí, al igual que había perdido a sus padres, perdió también su nombre, ya que sus nuevos dueños la llamaron Tracia en referencia a su origen, y su tatuaje del caballo pasó de ser un símbolo de orgullo a convertirse en una marca de barbarie, de alguien que era esclavo por naturaleza. Los atenienses, como gente civilizada que son, jamás se hacen tatuajes.

Tracia tiene ahora dieciséis años y anoche soñó con su hogar tracio, con el ancho río y sus exuberantes riberas, con las montañas parduzcas y las cumbres del norte cubiertas de nieve. En el sueño volvió a ver a las ovejas como puntitos en los pastizales y a las cigüeñas migratorias que pasaban volando para dar testimonio del cambio de estación. Hoy se ha despertado en su minúsculo cubículo con el hedor a excrementos del río Erídano, que discurre al lado de la casa de sus amos y hace las veces de cloaca, y se ha levantado exhausta ya antes del alba para comprobar la masa fermentada de los panecillos que pondrá a cocer poco antes de la cena.

Pues bien, ella podrá ser una herramienta, una posesión, pero si algo la distingue de la escoba y del trapo de fregar que se amontonan en el tosco cobertizo del patio es su capacidad para soñar. Y Tracia no se limita a soñar con la libertad, sino que además hace tiempo que se afana a escondidas para que sus sueños se hagan realidad.

Algunas veces los esclavos domésticos son liberados, Tracia es consciente de ello, pero también sabe que sus dueños la molearían a palos o la matarían a trabajar antes que liberarla. El viejo

Angitis, sin ir más lejos, un campesino que vende verdura en el puesto del mercado del Cerámico al que se dirige, era hace tiempo un simple esclavo. Y eso no es todo, además es tracio y le indigna el modo en que tratan a Tracia. Algunas veces —ojalá también hoy— le regala género pasado, casi invendible, y añade los dos óbolos que le ha dado su ama a los ahorros que se encarga de esconderle a su joven amiga.

Tracia ha echado cuentas y calcula que necesita unos doscientos óbolos. Angitis ya tiene escondidos setenta, y Tracia considera que su ama le debe al menos ciento veinte del dinero que no le ha dado para las compras que se ha visto obligada a hacer de todas formas.

Aunque siempre ha pensado en escaparse, sus planes eran un tanto imprecisos, pero ahora, de repente, han adquirido unos tintes tan reales que le producen escalofríos. Ayer, en el mercado de pescado, lo que comenzó como un encuentro fortuito terminó por transformarse en una conversación larga y tendida con un pescador, cuyo barco había sido arrastrado recientemente en dirección oeste por una tormenta y había llegado hasta Atenas. Resulta que acaban de terminar de arreglar su nave, y tiene la intención de regresar con su tripulación a pescar la anjova que migra hacia el sur desde el Bósforo siguiendo la costa de Asia Menor hasta más allá de Halicarnaso, su puerto de origen.

Las reparaciones del barco han dejado a los pescadores escasos de fondos y, por cien óbolos, harán de tripas corazón y aceptarán llevar a una mujer a bordo, transportando a Tracia hasta Halicarnaso. El problema es que los pescadores tienen que zarpar mañana con la marea, a horas intempestivas. La temporada se encuentra avanzada y el Egeo se está poniendo cada vez más peligroso con las tormentas, de modo que, si la pequeña embarcación no zarpa mañana, es posible que tengan que quedarse indefinidamente.

Así que Tracia, allí mismo, en el mercado de pescado, tuvo que enfrentarse a la decisión más importante de toda su corta vida. Y se siente orgullosa de no haber vacilado ni un instante.

Esta mañana, Tracia va a recoger las monedas que le tiene guardadas Angitis, va a recibir su paliza de la tarde y, en mitad de la noche, se va a escapar sigilosamente de esa casa para iniciar la larga caminata hasta el puerto del Pireo, donde se encuentra atracado el barco pesquero. Los peligros son evidentes, y la joven sabe que es muy probable que, al ser una fugitiva, los pescadores la fuercen y arrojen su cuerpo por la borda cuando se encuentren lo bastante alejados de tierra firme. Pero Tracia presiente que debe arriesgarse. Los filósofos estoicos dicen que los esclavos solo son esclavos porque creen que lo son; pues bien, si tiene que morir mañana, al menos morirá libre. Y la pequeña vasija repleta de óbolos que su ama ha ido acumulando se viene con ella. La vieja le debe eso y más, y a las monedillas les vendrá bien un poco de aire fresco.

EL ATLETA

Similo de Neápolis lleva casi una década sin ir a casa, porque trasladarse hasta allí no solo sería peligroso, sino también bastante improductivo. No es que lo estén buscando, más bien al contrario, podría considerarse uno de los hijos predilectos de Nápoles y esperar una bienvenida digna de un héroe si pudiera regresar alguna vez. No, no se trata de eso. El problema de ese posible regreso triunfal es la ubicación de su ciudad natal, que se encuentra en la costa occidental de Italia. Y es que Nápoles es tan griega como Siracusa o Éfeso, pero se trata de una colonia griega en territorio bárbaro y, durante los últimos veinte años, los bárbaros imperantes en Italia, los romanos, se han enzarzado en una guerra que no parece tener fin con los bárbaros fenicios del norte de África y de Sicilia, los cartagineses.

Desde el punto de vista de un griego italiano —para los griegos, todos los que no son helenos son «bárbaros» por definición—, sería maravilloso que los romanos y los cartagineses resolvieran sus diferencias o acabaran de una vez los unos con los otros y dejaran en paz al mundo, pero no parece que esto vaya a

sucedan en un futuro próximo. Uno de los motivos por los que estas dos naciones se profesan tanto odio es precisamente lo parecidas que son: tanto los romanos como los cartagineses han adquirido los pertrechos de la civilización, pero sin la racionalidad que viene con ellos. La mayor parte de los estados griegos habrían resuelto las cosas de manera amistosa tras algunas temporadas de estimulante guerra, pero los romanos y los cartagineses son tan obstinados que no pueden aceptar que la lucha se ha extendido ya durante mucho más tiempo del que cualquier griego en su sano juicio consideraría razonable. Después de años y años de muerte constante, la contienda se ha convertido en una pesada guerra de desgaste que no parece que vaya a terminar hasta que caiga el último representante de una u otra nación.

En este momento, la larga guerra de Roma y Cartago se desarrolla en los mares que rodean Sicilia, unas aguas tan traicioneras que ya de por sí podrían disuadir a cualquier viajero sin necesidad de que dos flotas rivales se encontraran patrullando las olas y deteniendo aleatoriamente a los barcos mercantes para confiscarles la carga. Si el barco pertenece a una de las naciones aliadas del trirreme de guerra que lo haya interceptado, cabe la posibilidad de que su tripulación acabe remando para ellos, ya que ambos contrincantes necesitan desesperadamente remeros; si es de una nación neutral, los hombres de la tripulación corren el riesgo de ser esclavizados o incluso de que los maten, para dejar claro que no hay que comerciar con el enemigo.

Así las cosas, si el joven y atlético Similo tratara de regresar a su hogar de Nápoles podría verse forzado a iniciar una nueva carrera como remero de la armada romana o como esclavo en los campos de olivos de Túnez, y la verdad es que a él le gusta mucho su oficio actual.

Similo tiene un deje filosófico que a veces lo lleva a preguntarse si los honores y riquezas con los que los napolitanos lo han colmado durante su ausencia realmente le corresponden. Tal vez deberían destinarse a un legislador cuyas leyes, firmes y justas, sirvieran para urdir el tejido social de la ciudad, o a un solda-

do que ayudara a su pueblo a escapar de un grave peligro, o a un médico que llevara a cabo su labor durante una peligrosa plaga... Esa gente tiene talentos que benefician a la humanidad, y lo único que sabe hacer Similo es correr muy pero que muy rápido en distancias cortas: es un velocista de categoría olímpica.

De hecho, bien podría ser el hombre más rápido del mundo conocido. La prueba en la que Similo compite es el «estadio», una carrera de casi doscientos metros que se celebra en la pista de cuádrigas homónima, aunque la distancia puede variar ligeramente de unas pistas a otras. Similo es ya un «isocampeón olímpico», puesto que fue el vencedor de los últimos juegos, las Ptolemaicas, que el faraón instituyó en honor de su difunto padre Ptolomeo I. Si hubiera que hacer caso de los aduladores que pululan por la corte de Ptolomeo II, estos juegos habrían superado ya en grandeza y prestigio a los Juegos Olímpicos; Ptolomeo, por su parte, insiste en que son iguales —el prefijo griego *iso-* significa «lo mismo que»— y exige que los vencedores reciban idénticos honores que los campeones olímpicos en sus ciudades natales.

Esto, para empezar, significa dinero... Montañas de dinero, además de una estatua en el ágora, donde está el mercado, comidas gratis de por vida en el edificio del consejo y, seguramente, una buena pensión cuando todo termine. En resumidas cuentas, el sueño de fama y riqueza que inspira a todos los atletas griegos. A Similo ni se le pasa por la cabeza que pudiera haber algún aficionado compitiendo en los juegos por amor al deporte; él es un atleta, y la propia palabra «atleta» significa «que compite por un premio». Incluso en las competiciones de atletismo más legendarias, cuando los griegos se tomaron un descanso de su asedio a Troya, los premios para los vencedores fueron asadores de hierro, caballos y mujeres cautivas. Al fin y al cabo, hasta el más humilde de los carpinteros cobra por su trabajo, igual que lo hace el general más poderoso, y no habría por qué esperar menos de un atleta que se esfuerza y se sacrifica como el que más.

Ahora mismo, Similo se dedica a honrar la morada de un mecenaz de Cirene mientras reflexiona sobre sus próximos planes.

El mecenas es un rico aristócrata que está encantado de tener a Similo en casa para lucirlo ante sus invitados, como si fuera un premiado semental o una obra de arte de valor incalculable. Similo y su entrenador reciben a cambio alojamiento y comida, y se les permite usar el gimnasio de Cirene siempre que lo necesitan, lo cual sucede bastante a menudo.

La cuestión no es si Similo va a competir en los Juegos Olímpicos —eso es algo que todo el mundo da por sentado—, sino cuál es la mejor manera de prepararse para el acontecimiento, ya que está claro que Similo no va a estar falto de fondos. Ya le han llegado mensajes de su ciudad natal asegurándole que Nápoles está dispuesta a financiarle el entrenamiento, el entrenador, un nutricionista, un masajista y cualquier otra cosa que le haga falta. Con el debido respeto a Ptolomeo, a sus juegos y al prefijo *iso-*, no hay nada equiparable a los Juegos Olímpicos ni a la gloria que los vencedores le dan a su ciudad, y Nápoles está dispuesta a invertir lo que haga falta para obtenerla.

Se sabe incluso de ciudades que han abierto un hueco derribando parte de su propia muralla para que un campeón olímpico no tuviera que humillarse pasando por una puerta normal a su regreso; y esto para los ganadores de pruebas relativamente poco importantes, como el pentatlón. La prueba más antigua de los juegos, la que los define, es el estadio, y esa es la carrera en la que Similo destaca, una carrera a pie tan venerada que las propias Olimpiadas —todo el periodo de cinco años, que incluye también el año de los juegos— suelen conocerse por el nombre del ganador del estadio. Por supuesto que la ciudad está dispuesta a pagar lo que haga falta por dejar para la posteridad un lustro entero conocido como «la Olimpiada de Similo de Nápoles».

Naturalmente, su actual anfitrión preferiría que su atleta de exposición y corredor estrella se quedara a disfrutar de la agradable brisa de la costa cirenaica mientras va regresando poco a poco al régimen de entrenamiento olímpico, pero esto es algo innegociable. Un velocista que corre en solitario pierde la ventaja que únicamente se logra compitiendo con otros, y esto lo sabe Similo



Atletas compitiendo en una carrera a pie.

y lo saben todos los demás corredores de élite, que en este momento estarán haciendo los mismos cálculos que él: dónde ir, a qué pruebas asistir y quién más acudirá.

Está claro que Similo y el resto de los atletas quieren verse las caras y medir sus fuerzas en las competiciones previas a los Juegos Olímpicos, pero nadie desea alcanzar su máximo rendimiento en estos acontecimientos sin importancia y perder la forma antes de que llegue la gran carrera; aunque tampoco les gustaría darles ánimos a los contrincantes haciéndoles pensar que han perdido cualidades. Se trata de lograr un delicado equilibrio, y la cuestión se complica aún más por el hecho de que, en las carreras a pie, cabe la posibilidad de que se produzcan choques y lesiones, sobre todo porque ningún corredor de categoría olímpica quiere perder y es fácil realizar un sobreesfuerzo tratando de ganar una carrera insignificante.

Por si esto fuera poco, a Similo lo han invitado a Creta para competir en los Juegos de Gortina a finales de este mes. El heraldo dejó caer que el consejo de la ciudad de Gortina quería proponerle algo que haría que el viaje mereciera la pena, y Similo siente curiosidad por descubrir de qué se trata.